

NOTAS Y DOCUMENTOS

ENTREGA DE LOS PREMIOS "ATENEA"

(De "La Patria", Concepción, 18-x-61)

AYER, a las 19 horas, en el Auditorium de la Escuela de Educación, el Rector de la Universidad, señor David Stitchkin, hizo entrega solemne de los premios "Atenea", a sus ganadores, los escritores Jorge Millas y Luis Merino Reyes.

A la hora señalada, ante numeroso público, tomaron asiento en la Mesa de Honor el rector de la Universidad, los escritores, el vicerector de la Universidad, doctor Hugo Trucco Lee y el director de la Escuela de Filosofía y Educación, don René Cánovas Robles.

Primeramente la Orquesta de la Universidad y el Coro Universitario, interpretaron el Himno de la Universidad. A continuación, el director, señor Cánovas Robles, hizo uso de la palabra, para referirse a la personalidad de los agraciados y realizó un detallado análisis de las obras galardonadas con el premio "Atenea", concedido por la Universidad de Concepción.

Luego, el rector entregó los Diplomas de Honor a los escritores Merino Reyes y Millas.

Ambos dieron lectura a interesantes discursos de agradecimiento en

que destacaron las ideas que dirigen su producción literaria.

Estos galardones fueron propuestos al Consejo Universitario por una comisión formada por el Rector de la Universidad de Concepción, David Stitchkin; por el Secretario General de la misma, Carlos Martínez Toledo y por el Crítico Literario, Milton Rossel.

Las obras merecedoras del premio son *Ultima Llama*, de Luis Merino Reyes, premio 1960 y *Ensayos sobre la Historia Espiritual de Occidente*, de Jorge Millas, premio correspondiente al año 1961.

Durante la celebración del acto la Orquesta de la Universidad interpretó el siguiente programa:

Galuppi, Sinfonía en Re mayor.

Andante, Allegro assai.

Andante.

Allegro.

C. Franck. Dos trozos breves para orquesta.

* * *

Damos o continuación los discursos pronunciados con motivo de la entrega del Premio "Atenea" por el profesor de la Universidad de Con-

cepción, don René Cánovas Robles y por el agraciado con dicho premio don Luis Merino Reyes.

Desde 1929 la Universidad de Concepción ha venido otorgando anualmente el Premio "Atenea". Han obtenido ya tan alta distinción escritores como Eduardo Barrios, Manuel Rojas, Benjamín Subercaseaux, Daniel Belmar, Luis Durand, para mencionar tan sólo a unos pocos.

A esta lista de jararquía intelectual indiscutible, agregamos hoy los nombres de Luis Merino Reyes, con su obra *Ultima Llama*, y de Jorge Millas, por sus *Ensayos sobre la Historia Espiritual de Occidente*. El primero recibe el premio con retraso por circunstancias derivadas de los sismos del año pasado.

Vayan hacia Merino Reyes y Jorge Millas, en nombre de la Universidad de Concepción, un cordial saludo de bienvenida y el justo reconocimiento a la tarea de escritor que los singulariza en la vida cultural de nuestro país.

* * *

Luis Merino Reyes, destacado valor de las letras chilenas, es un escritor de plural actividad literaria. Se inicia en la poesía, con la publicación de *Islas de Música*, en 1936, y más tarde con *Coloquio de los Goces*, *Duermevela de Amor* y otros poemas; cultiva la crítica, y lo hace preferentemente a través de las páginas de Atenea, Occidente y Cuadernos Americanos, con una sensibilidad exquisita y verdadera capacidad de valoración estética. En tal calidad es, además, redactor, junto a Raúl Silva Castro, en la parte per-

tinente a Chile, del Diccionario de la Literatura Latinoamericana. Pero su actividad creadora ha encontrado su cauce más fecundo en el cuento y la novela, con obras como *Los Egoístas*, *El Chiquillo Blanco*, *Rumbo a Oceanía*, *Regazo Amargo* y ahora *Ultima Llama*, novela que obtiene el Premio "Atenea", correspondiente a las obras publicadas en 1959.

En toda su producción literaria observamos un estilo cuya característica es su riqueza expresiva y un rigor por las formas del lenguaje, condiciones esenciales en un escritor de reales méritos. Y agreguemos a esto que, en conformidad con lo mejor de la tradición española, hasta en su literatura de ficción respiramos un realismo que hacen decir a Alone, refiriéndose a *Regazo Amargo*: "por sus brillantes páginas cruzan seres tan vivos, que uno cree reconocerlos e inspiran la tentación de ponerles nombre".

Estos rasgos, decantados hasta alcanzar un estilo ágil y transparente, se encuentran expresados de algún modo en *Ultima Llama*, en la cual tal vez se acentúa la expresión del mundo psicológico de sus personajes. Naturalmente que a través de la trama, basada en el clásico triángulo del amor, va presentándose una serie de problemas de trascendencia social: el abandono de los hijos, la crisis de un hogar al borde del divorcio, el aborto como método de liberación, etc.; sin embargo, se nos presenta como más evidente, diríamos que en primer plano, la penetración en los sentimientos, hábitos, instintos y pensamiento de los personajes creados por el autor. Los caracteres humanos aparecen con todas las luces del espíritu; pero, por sobre to-

do, con la ceguera o la turbación de los que se entregan a una pasión desatada y son esclavos de ella. El diálogo que ellos practican es directo, afable a veces, doméstico en ocasiones, erótico y sensual en la exaltación amorosa, violento y sin reservas, de un realismo vigoroso, cuando las circunstancias lo requieren. Cuando el autor nos aproxima a lo íntimo de los personajes, lo hace de una manera natural, tan natural como ocurre en este diálogo de los amantes:

—“Pensar que si no ocurre lo que ocurrió, ya empezarías a verte gordita con mi hijo.

—¡Qué absurdo! —exclamó Ofelia. Eso es lo que te tortura; pero eso es una hipocresía, tú estabas feliz cuando te liberé del compromiso. Sin embargo, alivias tu conciencia presentándome como una asesina que mata los niños igual que si fueran zancudos” (pág. 140).

Así se suceden las escenas de esta novela, en clima tenso, que no permite abandonar su lectura hasta darle término. Pero, si en la narración interesa la capacidad descriptiva de Merino Reyes y su facilidad para construir el diálogo tal como lo hemos señalado, lo de mayor mérito literario nos parece su talento para ir desnudando el alma de los seres que se mueven en la novela. Así, p. ej., en dosis muy bien graduada vamos descubriendo que el padecimiento psíquico de los amantes es a veces superior al goce que los une, a tal punto que hay momentos en los que cada uno quisiera no saber más del otro, para volver luego sin saber claramente por qué. La misma Ofelia, la viuda amante de Javier, reflexiona y piensa: “En todo este

amor existe una recíproca ficción. Javier me busca para acallar su inquietud, su avidez de algo que no logra precisar; yo voy tras él guiada igualmente por el imperativo de una confusa necesidad”.

Así, por instinto, atormentadamente, con predominio de la pasión sobre los sentimientos, los amantes se mueven siempre en una atmósfera que va del goce físico a los conflictos que en el interior de ellos va destruyendo la verdadera felicidad. No es raro, entonces, que Javier aparezca por momentos perturbado ante la imagen apacible de Filomena, su amor enraizado en la adolescencia, y con quien llegó a formar un hogar en el que ahora faltaba la mirada limpia hacia su mujer y sus hijos. Ofelia, a su vez, va sintiendo lentamente, pero en grado progresivo, un cansancio nocivo que la invade, que la sumerge en el escepticismo y el tedium vitae. Cuando su amiga Carmen, separada de su marido, le reprocha que su amante juega con ella como el gato con el ratón, que llega a ella cuando se cansa de su mujer, exclama:

—“Lo que tú has dicho es una verdad más grande que un templo, pero ya estoy cansada. A veces me cela en forma estúpida y absurda; aquello al principio me resultaba fascinante, pero ahora me fastidia. Es un loco, un sádico que ni siquiera sabe él mismo adónde va”. (pág. 191).

El autor de *Ultima Llama*, con maestría, haciendo contraste con la existencia solitaria y extraña de Ofelia, pone al alcance de ésta, mientras camina en la calle, una escena de amor, de ese amor imperturbable que

está en las personas y en las cosas que forman la vida hogareña:

"Las puertas de las casas vecinas estaban cerradas, algunos trozos de luz señalaban la intimidad del hogar: Una familia que comía: un hombre, una mujer, varios hijos..." (pág. 145).

Condensada en estas palabras se encuentra la vida serena, la atmósfera reposada que ella buscó algún día; pero que ahora no podrá conjugarse con su realidad.

Sin embargo, en este pequeño mundo de los personajes de *Ultima Llama* no se llega a la tragedia. Ni Filomena, la esposa abnegada que lucha por reconquistar a su marido, ni Javier, que ama a otra mujer "por la necesidad de esquivar la aridez de una vida excesivamente responsable y normal", ni Ofelia, que llega a vacilar entre el deber de una madre de hija única y su llamado pasional, alcanzan a llegar al sacrificio. Lo que sí es evidente es el conflicto interior presente en estos seres, que buscan con evidez, aunque confusamente y sin lograrlo, el camino de su propia felicidad.

De este modo, Luis Merino Reyes ha entregado a las letras chilenas una novela que viene a ser la continuación natural de su valiosa creación literaria.

* * *

Decíamos que obtiene el Premio "Atenea", correspondiente a la producción literaria de 1960, la obra de Jorge Millas que lleva por título *Ensayos sobre la Historia Espiritual de Occidente*.

Millas tiene ya un nombre ganado en la intelectualidad de Amé-

rica Latina. Junto a su actividad literaria, como poeta y ensayista, se distingue en la cátedra universitaria con singular personalidad. Su contribución al proceso cultural de Chile puede analizarse, pues, desde estos dos puntos de vista. Sin embargo, ahora nos limitaremos a un breve comentario de su libro premiado por Atenea.

Leer a Jorge Millas es una recreación estética singular. Con la sencillez de las mentes claras las ideas aparecen expresadas en un lenguaje diáfano, limpio, lleno de riqueza expresiva, exento de obstáculos que impidan ver lo que el autor desea mostrar. Es como aquel gran pensador español, José Ortega y Gasset, de donde Millas procede de algún modo, aunque con auténtica originalidad.

A esta belleza formal, une la profundidad en la interpretación de la historia, de la historia espiritual tal como él la entiende. En primer lugar declara Jorge Millas que "la tesis de que existe una Historia espiritual, se postula en estos Ensayos con el ánimo de incorporarla al diálogo cotidiano sobre el hombre", y agrega: "No va dirigida, pues, ni al filósofo ni al historiador especialista, aunque pretende, es claro, valer definitivamente para todos" (18). "Las categorías de la espiritualidad —persona, valores, conciencia, voluntad, pensamiento— constituyen conformaciones naturales del mundo dado. Lo espiritual es parte de ese mundo, como pueden serlo las plantas y los astros lejanos, y ha contribuido a formar modos correspondientes de conducta en nosotros" (18).

Interesa todavía aclarar que la palabra espíritu designa aquí "la expe-

riencia pensante y valorante del hombre en cuanto funciona como actividad promotora de la vida. De ahí por qué el autor acuña para este objeto la expresión "espíritu concreto", puesto que de lo dicho se deduce con claridad que así se incluye tanto la "situación material en que se da como la interioridad o subjetividad que lo determinan" (pág. 21). Por eso sostiene Millas que la existencia de una Historia espiritual concreta implica tres cosas: primero, la idea de tal espíritu concreto ayuda a percibir ordenadamente los procesos históricos, sobre todo en sus relaciones de sentido; segundo, que el espíritu humano es la substancia misma de la Historia y no un simple factor determinante de ella; tercero, que cada momento de la realidad espiritual en este proceso de desarrollo, actúa sobre otros momentos y contenidos, que crean una trama de acciones y reacciones, dando origen de este modo a una Historia del espíritu humano.

Se comprende, entonces, por qué Jorge Millas rechaza la posibilidad de la interpretación marxista o materialista de los acontecimientos históricos, como también aquella otra de la visión puramente idealista. Para el autor de estos ensayos ambas concepciones aparecen igualmente insuficientes, pues descansan en la aceptación de un dualismo que no se presenta en la vida del hombre.

Y con estas ideas preliminares, que constituyen los cimientos en que se basa su interpretación de la historia, Millas entra al análisis del mundo griego, romano y cristiano.

Como su libro es un ensayo, no vamos a encontrar en él una serie de hechos de la historia antigua y

medieval. Busca las ideas matrices, las que rigen los acontecimientos, las esencias de cada cultura, llámese helena, romana o cristiana. Así, subraya la unidad de conducta frente al mundo, propia del pueblo heleno como si interés y valoración superlativos por el hombre en cuanto tal. Y es evidente que estos son rasgos visibles del mundo griego. Así, en el plano de la educación, Grecia aspira a la formación integral del hombre, en todos sus aspectos: la filosofía le será útil para el cultivo de la inteligencia, mientras la educación física será el complemento obligado para un mejor desarrollo físico y moral. Es decir, Grecia desarrolla un humanismo que ofrece dos características distintivas: es naturalista, pues interesa el hombre en concreto, complejo como es, como habitante de la tierra, y es humanista por cuanto mira al hombre ideal, fijando metas valorativas relativas o lo que puede y debe ser.

Tales caracteres permiten a Jorge Millas definir a la cultura griega como "la iniciadora de la idea y de la experiencia de una cultura racional" (16).

Como continuadora de la tarea cultural griega, aparece Roma en el curso de la Historia. Si Grecia tiene conciencia de ciertos ideales, como los de Justicia y Derecho, Roma se distingue por su sentido pragmático, pues aparece como creadora de instituciones, con una voluntad política que le permite crear el Derecho Romano, obra genuinamente cultural que servirá de fundamento a la organización jurídica y política de los pueblos occidentales.

De este modo, la idea de una sociedad universal concebida por los

romanos encuentra su apoyo en la de un derecho universal, que viene a ser como la sustancia común de la humanidad.

Pero el análisis más delicado y extenso de estos ensayos se relaciona con el advenimiento del cristianismo y la fisonomía espiritual de la Edad Media.

Su actitud, al examinar el proceso histórico del cristianismo, es la de interpretar una época de la humanidad que, como cada una de ellas, aparece en íntima relación con el mundo que le precede, y enlazada a la par con el ejercicio de la libertad creadora del hombre. Por eso, Jorge Millas afirma que en el cristianismo se halla todo el pasado natural y espiritual del mundo antiguo. Se reconocen en él, el pensamiento racional de los griegos, que proveerá el soporte intelectual de la nueva teología; la concepción universalista de los romanos, inspiradora de la Iglesia Universal, y el monoteísmo ético y el mesianismo de los hebreos procurarán buena parte del rico credo religioso del cristianismo.

Si se observan ahora los rasgos distintivos de la cultural medieval, a juicio del autor pueden reducirse a tres: en cuanto a su sentimiento de vida, el desarrollo peculiar de la cosmovisión cristiana; en cuanto a su organización institucional, la presencia de la Iglesia Católica y en el régimen económico y político, la existencia del feudalismo.

Pero sería difícil entrar a considerar en detalle la valoración que Jorge Millas hace de una fase histórica que por tradición se ha enseñado a través del colegio con tanto prejuicio a favor o en contra —porque nos faltarían acaso los elementos de jui-

cio para ello. Además, no es mi ánimo hacer tal análisis exhaustivo. Prefiero la incitación a la lectura de una obra que en nuestro medio resulta indispensable para una visión más coherente de la historia occidental.

Contestación de Luis Merino Reyes

Me dispongo a escribir unas palabras a fin de agradecer la entrega del Premio "Atenea", 1960, a mi novela *Ultima llama* y creo que debo actuar con modestia. La humildad, el escatimar los propios méritos, viene a constituir algo así como una segunda naturaleza en nosotros, los habitantes de esta larga faja de tierra, situada, por momentos, con suma estrechez, entre la cordillera y el mar. Pero mientras escribo —a las siete de la mañana—, un par de ebrios recala en las rejas de mi ventana. Tienen habla de pueblo, de bajo pueblo, pero a poco de oírlos, descubro que se trata de pequeños burgueses, de hombres que han recibido una amparada educación. La diferencia de clases puede estar sólo en la dicción más o menos entonada, con mayor o menor sarcasmo y fastidio con que se pronuncian las mismas palabras.

Dice uno:

—¿Cuánto cree usted, compañero, que gano yo?

—¿Cuánto? ¿Unos doscientos mil pesos?

—¿Está loco, compañero? ¡Con doscientos mil pesos me estaría muriendo de hambre! Gano cuatrocientos mil pesos, lo que pasa es que se me ocurrió regalarle un auto a mi mujer y lo estoy pagando con 150 escudos mensuales.

Llueve torrencialmente, la pareja

de ebrios se cobija en el mismo alféizar de mi ventana. Siento impulsos de alzar la aldaba y expulsarlos, pero ¿qué sacaría? Probablemente, me introducirían en la renovada espiral de sus confidencias.

—Soy jubilado —prosigue quien habla de sí mismo, sin rubores, ni disimulos, con todas sus defensas en alto, gracias al alcohol— y ni siquiera he cobrado el cheque de mi jubilación. ¡Pero cuidado no vaya a mojarme el cheque!

—Yo también soy jubilado —dice el otro. Y soy un hombre muy hombre, mi mujer asegura que no existe mejor hombre que yo. Cobro 34 mil pesos mensuales de jubilación y tengo una niña. ¿Qué más puedo desear? ¿Sabe usted qué edad tiene mi niña? ¡Ah! Un año y tres meses. Mire la fotografía... Es blanca y gordita, toma leche a destajo, no le falta nada.

—Yo soy constructor civil —exclama quien inició el etílico diálogo y luego asfixiándose con su dicha, agrega: —Los que me conocen saben cómo trabajo, algo que yo sólo sé. Pero ahora llueve tanto y ya es de día y ¿sabe usted dónde pensaba ir con mi mujer? A la Exposición de Animales.

—Usted puede ir a la Exposición de Animales. Váyase a su casa, se acuesta bien abrigado y duerme hasta las tres de la tarde. Yo también voy a ir a la Exposición.

—Vamos a tomarnos un trago ahora, vamos...

—No, compañero; yo soy muy delicado, un caballero y no acepto un trago cuando no tengo plata.

La pareja se disuelve bajo la lluvia y pienso que me han dado un buen sonido de Chile. Esta jactan-

cia, al influjo del alcohol, la defensa de una imagen alta, rica en nobleza y en virtud, acalla el retraimiento insular de la dura vida diaria, la tramitación hipócrita con que se nos rechaza, la disculpa que se nos da, en medio de amables evasivas, si no se nos favorece con la compra de una joya o la contratación de un libro.

De ahí que yo no quiera hablar con modestia esta noche y no me presente tampoco como un hombre de loza que puede romper su frágil armadura con un movimiento más brusco. Siempre he pensado que aquellos que hablan con una humildad excesivamente formal, no son de verdad humildes; que sólo quieren ocultar una ambición saciada o todavía ávida, bajo una máscara benigna que no desate el justo miedo, el pavor correspondiente a tanta voracidad.

Por eso voy a decir que el Premio "Atenea", otorgado a mi novela *Ultima Llama*, por un jurado de honor, compuesto por el Rector de la Universidad de Concepción, señor David Stitchkin; por el Secretario General de la misma, señor Carlos Martínez Toledo, y por el crítico literario Milton Rossel, es algo que me ha producido una gran satisfacción. El Premio "Atenea" es uno de los galardones más codiciados por su carácter universitario y en mi caso premia, en parte, una labor esforzada —digo en parte, porque todavía no me he muerto—, cumplida a contrapelo del momentáneo lector, cuya mente está nutrida por el folletín y la burda ficción novelesca. Pero si el éxito de público dan fama y dinero al escritor, sólo el estudioso, el esteta, el buen crítico, como quien dice el

buen ladrón, el creador de verdad con su apreciación estética, proyectan al escritor más allá de su tiempo, saltando, a veces, muchas brumosas barreras. Así ha ocurrido, bien lo sabemos, con numerosos movimientos artísticos, con libros que durmieron durante siglos en un anaquel, hasta que una mano conmovida los rescató del olvido y los situó en su órbita. Y así podemos leer nosotros, apasionados de la literatura y del arte, a poetas y novelistas que no escribieron para su tiempo, ya sea porque se adelantaron a él y porque llevaban bullente dentro de sí mismos un prodigioso y fabuloso mundo arcaico. No será, por cierto, mi caso personal.

Mas estos premios universitarios tienen para mí otro gran mérito. Abren una esclusa, rompen la periferia del navío escamado de las actividades docentes y científicas y permiten que el mundo subjetivo, aquel que ha variado menos desde que el hombre existe, muere sus huidizas y asombrosas transparencias. En este mundo subjetivo que no avanza como la ciencia paso a paso, asentando el pie en un trecho y cediendo generosamente el hallazgo para que

otro investigador amplíe la perspectiva, tienen echadas sus redes los pescadores furiosos, con frecuencia incomprendidos y hasta perseguidos, de la poesía, de la prosa bien tramada, de la teología y de la demonología.

Actitudes, oficios silenciosos, acatamientos y desacatos basados sólo en la pasión de crear, en esa certidumbre soberbia, indomeñable, alentada por el artista, de que todo puede estar escrito, esculpido, armonizado y pintado, pero siempre subsiste la pasión creadora, la avidez de imponer una expresión, una nueva formulación del mundo sensible que sólo proviene del hombre sensitivo que la lleva consigo, calcinándose, frecuentemente, con ella, en medio de la impavidez del universo. Pero tal vez ya sobren estas lucubraciones en un paraninfo universitario, en medio de la asamblea que me escucha.

Sólo quiero finalizar diciendo que he hablado con toda mi sinceridad, sin ninguna falsa modestia, un poco ebrio, como los personajes de mi anécdota, por la sorpresa y la dicha que me ha producido el otorgamiento, a una de mis obras, de un premio tan antiguo y prestigioso.